CÉSAR BRAÑAS

—TÚ NO SIRVES...

NOVELA

897.28i
B816t

EDICIONES EL IMPARCIAL
GUATEMALA

The Library
of the
University of North Carolina

The
William Murray Linker
1860-1916
Collection of
Hispanic-American Literature

897.281
B816t

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002990587

TU NO SIRVES
LA VIDA ENFERMA

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
JUL 25 2002			
MAY 22 2002			

Form No. 513, Rev. 1/84

CESAR BRAÑAS

TU NO SIRVES
LA VIDA ENFERMA

NOVELAS

EDICIONES EL IMPARCIAL
GUATEMALA

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

COPYRIGHT BY
EL IMPARCIAL, GUATEMALA, C. A.

Unión Tipográfica. — 8a. Avenida Sur, número 3, Guatemala.—1926.

TU NO SIRVES . . .

Se llamaba Landelino. Ciertamente, no tuvo él culpa por llamarse así, aunque era cómplice al mantener ese nombre, que en el pueblo pequeño, pescador de lo pintoresco, le atraía fisgonas atenciones, cual un girasol de ironía.

Landelino Loyola, con ese nombre, sentíase como el chico a quien imponen un traje de medidas que no se acuerdan a las suyas, y el día del funesto estreno se considera como el más desdichado de los hombres, acendrando amarguras para el porvenir.

Días antes de aparecer en esta novela, Landelino había cumplido treinta y siete años, y en esa fecha había evocado con radiante lucidez toda la historia vulgarísima de su vida. Hijo de padres que nunca pudieron salvarse de la vaca rabiosa, su infancia fue triste, nublada como un interminable día de otalgia, fue triste, opaca como un ondulante desfile

240031

de hospicianos. Recordaba sus vestidos miserables, remendados con constancia digna de mejor motivo; sus medias tenazmente rotas en las rodillas y en los dedos; los zapatos de crueles clavos, destrozados; las gorritas astrosas que restringían la pelambre rebelde, y luego, como la suma del martirio, la saña de aquellas camisas rosadas a las que por muchos años estuvo astricto: su madre tenía debilidad por ese color y aunque Landelino chillara y se revolcara de impotencia, cuando estrenaba alguna camisa, ésta, inexorablemente, era rosada. Y Landelino amaba las camisas de rayas negras o azules; envidiaba de todo corazón las discretas camisas de los chicos con quienes jugaba encarnizadamente al trompo o a los cincos en el atrio de la iglesia cercana.

En medio de esos juegos, cuando acababa de perder seis botones o un pan (trofeos que se disputaban con ardor y codicia en los concursos de trompo o de tejo, concursos cuyo fin regular podía anticiparse que era un desordenado pugilato); o cuando los compañeros enconados no querían admitirle en su bando; o cuando en la avaricia de una carrera de los muchachos se rezagaba, flojas las piernas por la incipiente astenia, Landelino advertía túrbidamente su miseria física, su insignificancia material. Veía, entonces, con

exacerbado rencor sus detonantes camisas, nefando capricho de la trabajadora pero incomprensiva madre. Y al escuchar los lancinantes motes que le gritaban los compañeros en los recreos de la escuelita pública, Landelino adivinaba que su padre le había inferido irremediable mal bautizándole con ese nombre que a todos se les antojaba extravagante, pero que a su honesto padre había parecido como un luciente hallazgo en el tesoro mostrenco del calendario católico.

En realidad, su nombre obedeció al azar: padre y madre, tras la batalla de deseos, habían llegado al armisticio y en él, venciendo el padre, acordaron que nacería niña y le impondrían por nombre Myriam, como la protagonista de la última novela que leyera él. Pero nació, ante el paternal desencanto, Landelino. Su nombre fue tomado del almanaque, sin discusión ni entusiasmo. Más tarde, víctimas de un asomo de arrepentimiento, los padres de Landelino confesaban que hubiera sido preferible llamarle Asdrúbal, Epaminondas o Zorobabel, nombres que sin duda atraerían grandes destinos. Pero la pobreza, las enfermedades y la muerte, en marejada terrible, arrasaron propósitos y se llevaron fuera de la vida a los padres de Landelino Loyola cuando apenas había cursado la enseñanza primaria, trabajosamente.

Landelino pasó al dominio de una áspera tía, a prestarle penosa servidumbre con la cual—afirmaba ella—jamás desquitaría los beneficios de la casa, comida y ropas seguras, cuando, de no tropezar con su corazón magnánimo, el chico rodaría por esas mal empedradas calles de Dios, atorrante, desarrapado y famélico, camino del vicio, hacia la pendiente de los delitos, en cuyo fondo horrendo divisábase la malfamada mole de la casa de corrección de menores...

II

Si la infancia de Landelino Loyola fue triste, su mocedad fue amarga. No quería recordarla, pero su dolor descolorido le aguijaba en las entrañas. A los veinte años, mustio y tímido, empezó a recorrer empleos de tan ínfima monta y a servirlos con tan deplorable éxito, que doña Julia, la aceda tía, estimaba haber agotado los conceptos injuriosos para calificar su mala fortuna de recoger a semejante sobrino y mantenerlo en estos tiempos, en que la vida presenta horripilante cara de hereje... ¡Si sería desgraciada! Ella que nunca se había casado ni tenía hijos, que cuidaba de su reducido pecunio con avaras economías, haberse hecho cargo de tal joya de sobrino!

Landelino sin protestar daba la razón a su tía, sintiéndose aún más pequeño, infeliz y gravoso.

Al siguiente día de asistir a su incidental empleo, en una fábrica de hielo, se encontró con Isidro Peña, lozano mocetón que fue compañero de juegos infantiles y ahora agarraba por el cuello a la vida, con sus manazas robustas. Mediante poco decorosas, pero fructuosas maniobras en la fábrica, Isidro hacíase un sueldo opulento, que derrochaba al juego, al alcohol y a las mujeres en los garitos clandestinos, donde iba abriéndose paso bizarramente la fama de sus puños.

Peña, para celebrar el encuentro con Landelino, le llevó a una de sus casas favoritas, venciendo la pavorosa resistencia que opuso éste. Landelino conoció la cumbre del ridículo, por su actitud y sus maneras, esa noche, y luego, fulminante, asolador, conoció el pecado. Tuvo un momento deleitoso de libertad, de sentirse hombre completo, otro Landelino, que hubiera soltado sus amarras y se fuera por el océano anchuroso de la vida con una orgullosa vela desplegada, avasalladora de los vientos indomables.

¡Ay! Si no hay mal que dure cien años, tampoco existe dicha que perdure más allá de unas horas. Landelino obtuvo esa certidumbre cuando, al cabo de tres distanciadas

llamadas en la recia puerta de la casa, doña Julia en persona, abrió. Solo el terremoto, el diluvio universal o el golpe de estado hubieran salvado a Landelino, que en la olímpica presencia de su tía temblaba azogado. El Sinaí ardiendo se desplomó sobre él.

—¡Conque esas también! Era lo que faltaba. Las tres de la mañana y el niño sin venir... Y la perra tía que espere... ¡Puf! Y a saber con qué compañías... Y apestando a aguardiente... Ea, a acostarse... Es la última vez que *usted* entra en esta casa en tan puerco estado. Para eso está la cárcel, o la calle. Si parece mentira, válgame Dios. Ahí está, por ser una buena, apadrinar viciosos...

Landelino no oyó más del sermón de las tres horas. Se le quemaba la cara congestionada. Le pesaba como un mundo muy viejo la cabeza. Las cosas bailaban un charleston infernal. Se arrojó a la cama como un pobre camello enfermo.

Cuando despertó, sufrió angustias únicas. El estómago, revuelto como un país tropical. Los ojos amodorrados, con un cerco rojizo. Pero sobre todo, el terror, el frígido terror a la tía... Al fijar mejor sus ideas, viendo la ancha ventana abierta de par en par y la habitación bañada por un sol de mediodía, comprendió su ruina. Era como una ciudad bom-

bardeada, cuyos moradores, después del estrago, temen hasta a la vida. Landelino vivía...

Su tía entró, con una tisana y un gesto más amargo.

—Buenos días—dijo secamente,— y agregó:—A la tarde hay que buscar otro empleo, ya lo sabrás.

Landelino lo sabía ya. El corazón se lo dijera. Atrevió, sin levantar los ojos, como la muchacha que confiesa el fracaso irredimible de su virtud:

—Tía, ¿me perdona usted?... Jamás lo volveré a hacer...

—Bueno, ya está. Calla—concedió, extrañamente benévola, doña Julia.—Pero esta misma tarde, corriendo, a buscar otro empleo...

La áspera tía, esa mañana, había recibido una noticia que teníala propensa a la indulgencia: un pariente lejano, muerto en un departamento, testara a favor de ella algunos miles de pesos, como venidos de la luna, de los blancos bancos de la luna...

Erró toda la tarde Landelino por los comercios y las fábricas de la ciudad con plétora de cesantes. En las oficinas públicas se anticipaba a defraudar su solicitud mendiga un cartelito desolador en que leía con desaliento: *No hay empleos vacantes.* En sólo ese corrosivo letrero parecía rechazarle toda la ciudad.

Por fin, cuando desalojaba su postrer esperanza, fue admitido en la gran ferretería La ciudad de acero, una de las principales de la capital. Ningún náufrago se ha asido con idéntica vehemencia a un clavo en brasa como Landelino Loyola a aquel empleo con treinta dólares al mes...

III

Su entrenamiento en La ciudad de acero fue premioso, difícil. El, hombre acebucheno, tímido, tenía que forjar ahora su carácter, templar su voluntad, agilitar sus músculos y su inteligencia para poder vivir en aquel medio, entre aquellos compañeros de trabajo que aparecían, para el ovino espíritu de Loyola, con un poco de lobos... Tenía que pelear aquellos treinta dólares fulgurantes del fin de mes, y temblaba cuando algún oscuro pretendiente se acercaba a los patronos griegos solicitando trabajo: los odiaba inmediata, instintivamente, comprendiendo que sólo él resultaría reemplazable en el rápido balance de posibilidades y ventajas que los dueños hacían antes de negar colocación a los peticionarios, mirándole con ostensiva significación.

Se afanó en conocer en breve los innúmeros misterios del enorme almacén, y su cerebro

se convirtió en embalumbado diccionario de nombres de artículos y piezas de hierro, de acero, de cristal; pesas y medidas complicadas; precios en billetes, en oro y en clave, que permitían el lucro rapiñador contra la clientela; sitios y cajas donde se guardaban todos los infinitos y fatigosos objetos...

Había pasado más de cinco meses en La ciudad de acero cuando tropezó de nuevo con Isidro Peña, el camarada de mal agüero que lo sedujo para otra aventura, señalándole el escabroso camino de los menudos robos, a los distritos temblorosos del fraude: le demostró la habilidad, la práctica y la eficiencia de esa prohibida industria, agregando argumentos incontestables y disculpadores: ¿iban a advertir unos cuantos pesos en los crecidos renglones de ventas diarias? ¿Y ese dinero para judíos no contribuía él a amasarlo, mal retribuído, con su sudor y la complicidad en la explotación de los clientes? ¿Y no sabía cómo «todos» los empleados de comercio, parias de insignificantes salarios, salvan sus apuros y aun prosperan por el medio que preconizaba? ¿O creía, el tonto, que sólo los empleados públicos tenían el inalienable derecho de labrar fortunas sustrayendo centavos del dinero nacional? Ensayara con cautela, y vería: tendría que agradecérselo más tarde, o viviría por los siglos de los siglos royéndo-

se las uñas, mordiendo los codos a la honradez. No era lo esencial ser honrado, lo necesario era aparentarlo. Con su nombre y una honradez a machamartillo, no llegaría a ninguna parte, excepto al hospital. Que ganara la confianza de la casa, y luego, a no perder tiempo, que la vida, como los trenes, las frutas y las mujeres, hay que tomarlos a punto...

Concluyó el amigo de exponer su código de moral ilustrándolo con ejemplos brillantes, y por fin:

—Mira mi caso: me acaban de ascender en la fábrica, dentro de poco seré el subjefe. Además, y esto en pura confidencia, estoy en combinación con empleados de otras grandes ferreterías... Conozco el ramo como ninguno y todos me tienen confianza. Si tú quieres, tú que sabes bien quién soy yo, entrarás en la *compañía,* en cuanto tengas experiencia... Haremos negocios espléndidos, y pronto te reirás de esos griegos... Prueba y verás...

Establecieron que se verían luego, a menudo. Loyola le contaría sus progresos, consultaría dudas, se instruiría en detalles. Peña, por su parte, le llevaría a conocer la vida, la vida auténtica, no esa que hacía él, brontosaurio! Le presentaría con muchachas sorprendentes...

Loyola sintióse nervioso, acalenturado, pre-

sa de las más violentas vacilaciones, que por la noche lo echaron en las mazmorras del insomnio. La tentación se le anudaba al cuerpo como una viscosa serpiente, que en su cuello era asfixiante soguilla y en sus muñecas esposas de tortura y en sus tobillos grilletes de inquietud. Y en la tumultuosa lejanía del insomnio veía grabadas las palabras deslumbrantes: *dinero, muchachas*...

Duró días enteros la vacilación, y Loyola se confesaba sangrando que no era la honradez lo que le contenía, agarrotando su voluntad, sino la falta de valor; y tornaba a justipreciarse, doblemente miserando. Por fin, pensó en el término medio: ensayaría en casa.

Los primeros experimentos, de ridícula entidad, salieron bien librados, fortaleciendo las potencias de la tentación, ahuyentando los centinelas del miedo. El sábado por la tarde, la tía Julia recomendó a Landelino:

—Quédate en casa, por si viene el abogado. Que espere en la sala. Vuelvo dentro media hora...

Loyola la hubiera abrazado por esa idea. Como últimamente vigilara sus pasos, sabía que en un costurero guardaba alguna cantidad de dinero, seguramente sin conocer cuánto con exactitud, y pretendiendo ocultarlo así. Pensó en que al día siguiente vería a Peña, y que éste hallábase comprometido a enseñarle

«la vida auténtica»... Recordó fugazmente cien caras gozosas de muchachas que en la calle veía sonreir a hombres tan vulgares como él..., tan pobres diablos como él.

Corrió desalado al costurero, tomó algunos billetes, temblando cual si asierà el cáliz sagrado con sus manos impuras. Sudaba. Al cerrar la cajilla de maravillas, un vocejón enorme, montañoso, atronó a sus espaldas. Doña Julia había regresado de la puerta, por haber olvidado dinero.

La disgregación del átomo en sus manos, le hubiera dejado impasible. ¡Pero aquella voz!

—¡Ladrón, *también!*

Una mirada anonadadora de severidad en que se mezclaban partes iguales de avaricia burlada y de antigua moral sorprendida, le medía de alto abajo, en silencio grávido de reproche. Esa mirada, en los ojos de un general que en pleno campo de batalla fuese a ordenar su fusilamiento por haberle tomado in fraganti delito de deserción o de lesa patria, quizá no perturbara tan honda y tan sombríamente a Landelino. ¡Pero en esos ojos! Entre el proceloso zumbar de sus oídos en que la sangre palpitaba estallante, coligió estas palabras devastadoras:

—Ahora, largo de la casa. A ganarse la vida como *los hombres*, o a morirse de hambre, o al presidio... Pero aquí, óyelo bien, nunca!

Landelino Loyola sintió una súbita y vívida simpatía por esa parienta terrible. La hubiera abrazado con desbordantes ternuras y por ella se hubiese sacrificado en esos momentos... Pero, en silencio, salió de la casa, sin ver a ningún lado, sin pensar ya en nada... Vencido, ¡inútil para robar! Inútil como los grillos y como los folletos contra el alcoholismo! ¡Inútil!

En el cielo despejado, lucía un sol de las cinco de la tarde, ese sol penúltimo que esplende lujuriosamente, en los jardines, sobre las duras hojas de los carretos y sobre las suaves cabelleras de los niños que juegan y, en las calles, sobre las pupilas metálicas de las muchachitas que pasan como llevando de la mano a la ilusión.

IV

Lunes... Landelino Loyola hizo el sobrehumano esfuerzo de llegar a La ciudad de acero, con el ansia mortificante de desengañarse de los últimos pedazos de esperanza que flotaban sobre su cataclismo. De fijo, ya no le recibirían, la tía habría avisado, o él llevaría impresa en la frente la marca roja de su deshonor. Estaba perdido... Pero en el almacén todo caminaba como de costumbre, nadie leía en la frente de Landelino... Fue

un día de suplicio, aguardando el minuto irrevocable de ser echado...

No fue así. Y Landelino empezó a cumplir sus desesperados votos de honradez. Blindado de miedo, resistió a los halagos de la sirena, y Peña hubo de retirar el sitio con unas últimas granadas de mano, despechado de perder un dócil accionista de su floreciente monipodio:

—El que nació para maceta, no pasará del corredor, dice el refrán... Eres un inútil...

Loyola rumiaba esas palabras: la frase final lo definía de cuerpo entero: *¡Un inútil!*

Se estableció en una pensión, de modesta a mala, de estudiantes distinguidos por su pobreza y empleados sobresalientes por su escasa afición al trabajo. Su carácter osuno se tornó más huraño, Trabajaba sin descanso, provocando puyas de los compañeros, que se vengaban de su oficiosidad, en cualquier ocasión. Explotaban su timidez cuando entraban señoritas en el almacén:

—Loyola, haga favor de atender a estas señoritas...

—Loyola, la señorita desea hablar con usted...

—Loyola, dice la señorita...

Y Landelino acudía con la cara como un cestillo de acerolas: le temblaba el lápiz y

equivocaba los precios. Los compañeros malignos se aprestaban a corregirle, con sorna.

Y se quedaba pensativo, viendo alejarse hacia su bello automóvil a una aromante damita que sin regatear pagara los veinte dólares de un collar filigrana para su perrito en abreviatura, que valía mucho más que el inútil...

Al fin de año, le avisaron que su sueldo había sido aumentado, que la casa estaba satisfecha de su trabajo, pero que procurara atender mejor a las mujeres, con desenvoltura, como los otros.

Landelino entonces se matriculó en una escuela nocturna de comercio, iniciando un arduo aprendizaje, sin decir nada a los compañeros, temeroso de sus acotaciones.

Tomó más cariño al almacén formidable y despachaba con fruición los pedidos de lámina, de tuberías, de clavos, de alambre, de machetes, de azadones, de maquinaria... Estimaba que su esfuerzo sin relieve, contribuía al desarrollo de la agricultura, al ensanche de la ciudad... Sentíase, con cierto orgullo pieza de la gigantesca máquina de la nación. (¿Un poco desvencijada esa máquina?)

Todo y todos, para él, realizaban un trabajo, aparentemente sin ligazón, egoísta, pero, en el fondo, fuertemente enlazado, cooperativo. Comprendió que amaba el orden, la jerarquía, la autoridad, y se volvió maníaco de

los reglamentos, considerándolos supremos esfuerzos de los hombres hacia la unificación. hacia la disciplina. Los leía con interés y los coleccionaba con el mismo anhelo que las tarjetas postales. En las calles, en los paseos, en los momentos de ocio, pensaba en la reglamentación de todas las actividades humanas. El día en que todo estuviera reglamentado «científicamente», la vida sería mejor, sin sobresaltos, ni tribulaciones. Para él tenían idéntica importancia el reglamento de vehículos y el de prostitución, el de los clubs sociales (a donde nunca entraría) y los de panaderías. Contemplando los anuncios adosados a las paredes y puertas de su ciudad, advertía la falta de un reglamento para ellos... Viendo a los niños patinar impetuosos en parques y aceras, suspiraba por un previsor reglamento... Y el ideal, un reglamento de reglamentos.

Tuvo la candente idea de formular uno para La ciudad de acero y tras larga fatiga intelectual, lo elaboró. Con timidez frenada por un conato de vanidad presentó el reglamento a sus superiores, que le vieron con un poco de irónica extrañeza, prometiéndole estudiarlo.

¡Infeliz! Al día siguiente lo recogía del cesto de papeles destrozados, cuando uno de los

empleados lo advirtió y hubo de enseñarlo a los demás. Landelino fue crucificado en el más alto madero del ridículo.

V

Iba a terminar su carrera de tenedor de libros y perito mercantil, cuando un nuevo profesor llegó a la escuela e hizo amistad con Landelino, prendado de su seriedad y de su estudiosa vocación. Al terminar las clases, Loyola le acompañaba en gran parte del trayecto hacia su casa, charlando. Landelino cruzaba un período de historiofilia, y el maestro, escéptico por naturaleza y por los azares de su vida, gustaba enfriarle sus entusiasmos. Pero Loyola creía en Dios y en la historia nacional.

Un día, Landelino se vio, sorprendido, al final de su carrera: tenía que cumplir las formalidades del examen público, y los compañeros de trabajo aprovecharon aquel suceso para organizar la gran parranda. Le enviaron los más diversos regalos, y Loyola tuvo que gastar hasta su último ahorro...

—Ya lo ve usted, amigo—decíale el maestro escéptico—este es nuestro país, pagado de la apariencia, de la exterioridad. ¿A quién le importa que usted haya estudiado a conciencia o no sepa x ni b? Lo que le piden

es un examen aparatoso, con champagne y marimba...

El débil Landelino experimentó desolada tristeza al estar fuera ya de la mendicante escuela nocturna donde adquiriera un título, esa hermosa y estéril caligrafía de los tenedores de libros, manejadores de cifras ilusorias, y un amigo. Le inquietaba la posibilidad de perder ese amigo escéptico, dueño de una fría cultura que aplicaba ácidos análisis a los sucesos de su patria, y, por fin, dueño también de una hija de sencilla belleza por quien el corazón de Landelino sufría vulnerantes ansiedades.

Lo notó tarde. Ya el encanto de Irene Gonzaga, la hija del profesor, le había traspasado. Veíala con ojos de perfecta bobería y se enrojecía hasta el cráneo cuando, visitando los domingos al profesor, la otorgara un medroso ramo de rosas... El profesor sonreía, adivinando la laboriosa natividad de aquel amor. Irene reía llena de gracia y de coquetería, aunque en la calle, con su amigas, olvidara el cortejo leal...

En La ciudad de acero, el sueldo de Loyola padeció un aumento, aunque los patronos, que llevaban en idioma extranjero su contabilidad, carecían de fe para los proletarios títulos de las escuelas del país... Los amigos arrumbaban las bromas al tímido por conquistarlo pa-

ra la gran aventura nacional que se incubaba. El ambiente ennegrecía de tempestades. Se discutían artículos de la constitución. Se transmitían noticias de encarcelamientos y de manifestaciones contra la tiranía. Loyola se enardeció también. ¡Era guatemalteco!

Sin embargo, el profesor Gonzaga mostrábase escéptico como nunca:

—¡Derrocar al tirano! Juego de los pueblos, que los forjan. Somos país tropical y debemos vivir levantando y derribando estatuas. ¿La libertad? Es la muñeca que ambicionamos hoy y escarneceremos mañana o pasado... Ay de nosotros si esta revolución que se nos viene encima no es sangrienta, aniquiladora. Nuestros dioses de la sangre no quedarán satisfechos. Hay que hacer pueblo nuevo, pero no construirlo con palabras...

—El pueblo despierta ahora, execra el despotismo, aspira al progreso...—argüía Landelino repitiendo los conceptos que circulaban como lucientes monedas nuevas en la ciudad fenicia, enloquecida de quimera.

—El pueblo, amigo! Dude usted del pueblo. ¿Es el pueblo una fórmula química? Analfabetismo, alcoholismo, «esclavismo»... Aquí vendría bien la revolución que hiciera sucumbir a un millón quinientos mil indios o a seiscientos mil blancoladinos... De lo contrario, seguiremos siendo país de liberales y

conservadores, y, para variar, de conservadores y liberales... ¿Pesimismo, dice? No: experiencia, solamente experiencia...

Loyola se molestaba. Y en la calle le rozaba el unánime ardimiento de obreros, de periodistas, de ancianos y de mujeres. Comprendía que era la hora de Barret en que, si no se daba el golpe absoluto, aparecerían los «justicieros suicidas que vagan con la aurora en los ojos y la dinamita en las manos».

Hablaron del matrimonio de Irene y Landelino. El profesor Gonzaga accedía complacido, pero se convino en esperar unos días, a que se esclareciera la situación. Era en abril de 1920...

A fines de ese mes, cuando Guatemala nacía a la vida nueva, en una cama del hospital, bajo un sincero riego de lágrimas de Irene y Landelino, el profesor Gonzaga murió, anónimo, en la tarde...

Landelino evocaba sus crueles frases:

—El heroísmo, en esta época de la historia, es ridiculez. ¡Morir por la patria, en un gesto de estatua adocenada, es estúpido! Cuánto más noble es el heroísmo silencioso de los días sin pan para la familia, o sin esperanza para el alma!... Ya pasó el tiempo de morir por la patria o por un ideal, beneplácito o lucrativo para los demás.. ¡La patria, patrañas!

¡El profesor Gonzaga había muerto por la patria, anónimamente, en una cama de hospital!

VI

Se casaron en silencio, un día, amándolo ella un poco, amándola con inexperto amor, él... La vida en la capital, cargada de recuerdos, hacíase doliente. Venciendo su sedentarismo gregal, Landelino alistó el traslado a una ciudad de provincias, a Z., la ciudad que renacía con el injerto Voronoff de escuelas y talleres nuevos, al impulso creador que en la república palpitaba recién rota la losa funeral de la tiranía...

Un amigo de Loyola y del profesor Gonzaga, el pedagogo Castillo, había sido nombrado director del instituto de varones de Z. y estaba reorganizándolo (como todos los directores), con el cambio de algunos maestros y la petición de mayores subsidios. Loyola fue acogido con simpatía por el director, que inmediatamente le acondicionó un presupuesto mediano: daría clases de aritmética, teneduría de libros, caligrafía e historia.

Lograron instalarse en una casa vecina al colegio y arreglaron su vida económica y callada. Irene, silenciosa, deploraba el cambio, no encontrando en aquel enlace mediocre las

estupendas emociones que prometían, con amigos de oportunidad, las salas de cinematógrafo de sesiones voraginosas.

Irene, cuyos senos atrevidos autorizaban el deseo, arrancaba de su matrimonio una yelorosa sensación de soledad, defraudada. Y se dio a cultivar, con tristeza, pomposos claveles en el ancho patio de la casa y a criar canarios dorados que cantaban por faena, poniendo nervioso a Landelino, que los odiaba sin saber por qué.

Enviciaba, en crecendo, de historia Landelino. Era su alcaloide emocional. Citaba a Marure y a Ximenes como otros citan entre cuatro desatinos a Jenofonte y a Cantú; estaba convencido de que el Popol-buj, la biblia, el Quijote y Malditas sean las mujeres, se equilibraban en trascendencia; y en voraces lecturas de la Reseña histórica se afiebraba de un liberalismo de opereta. Empezó a malquerer a uno de su alumnos, Efraín Hermosilla (expulsado de otros institutos por su avanzada conducta, elemento disolvente, enamoradizo, desaplicado, audaz y fortunoso). Empezó a odiarle porque mantenía por la historia patria una excelsa despreocupación. La lista de caciques, capitanes generales, arzobispos, jefes de estado y presidentes de la república, copiosa de nombres divertidos y oscuros, le daba sueño.

—Señor Hermosilla—le amonestaba Loyola —quien desconoce la historia de su país nunca será un patriota ni hará nada de provecho. La historia alecciona prudentemente el porvenir...

A Hermosilla no le interesaba el porvenir ni deseaba hacer nada de provecho. En cuanto a ser patriota, que tuviesen otros la galantería de serlo por él. Claro que a la hora de exámenes, su ingenio fresco suplía a la memoria y ante el espanto de sus compañeros fatigados de estudio lograba sin alardes, como en la lotería, el gordo: tres eses...

Hermosilla tenía veinte años, poco más o menos, y había tenido otro número igual de novias. Leía, de preferencia a la historia de Aguirre Cinta y a la física de Langlebert, novelas pornográficas y relatos de aventuras. Burlaba, muchas noches, la vigilancia soñolienta de los inspectores y emprendía incursiones atrevidas.

A Loyola le provocaba una cierta inquietud.

Fue cambiado el director. Loyola ascendió a primer inspector, renunciando a sus clases, excepto la de historia de Centro América. Se practicó una comunicación entre su casa y la casona enorme del colegio cuyos altos cerezos de lustrosas hojas fulgían al sol. La ciudad entera, cargada de silencio, fulgía, enceguecida de sol. Las paredes encaladas nutrían el

negocio de los oculistas. Los escandalosos canarios de la casa de Loyola, inspector primero, tímido y respetable, se desaforaban en su canto de vivos metales. Irene bordaba con desatinada pereza, como en la espera de un tren retrasado. Inconforme con su destino de mujer desahuciada, esperaba.... Landelino leía incompetente, el reproche de sus ojos. Ella se ataviaba sin motivo; recortó su larga cabellera clara de high-ball, obligando a Loyola, ante ese atentado, a emitir una erudita conferencia sobre la función social del cabello largo de la mujer a través de los tiempos, desde que se guarda memoria. A lo que Irene, sonriendo, pero disgustada, respondió:

—Mis amigas, y todas las muchachas, están haciendo lo mismo. Es la moda. Tú vives espantosamente retrasado. Además, mi pelo no debe preocuparte en absoluto.

Como a todo, Landelino se resignó. Comprendía ser un hombre retrasado. Retrasado en ideas y en noticias. Recordaba que esa mañana, charlando en uno de los recreos con su colega el profesor Nolasco, (botánica, zoología, fisiología), éste le había hecho parecida reprobación a su rezago:

—¿No lo sabía? ¡Qué inocente! En la ciudad chismosa ya hasta los niños lo contaban... El director llevaba con grave solemnidad sus cuernos...

El profesor Nolasco sonrió, guiñó su picaresco ojo derecho y le dió a Loyola saludables palmaditas en el hombro... Del deteriorado casimir de su saco, a las palmadas amigas, levantóse una sardónica nubecilla de polvo dorada al sol que por los corredores paseaba como un gran tigre bengalés, mientras los muchachos jugaban violentamente, desfogando la energía primaveral... Un poco pensativo, y algo retrasado, Loyola dio las tres sonoras campanadas que guillotinaban el júbilo colegial.

A la una, cuando regresaba de casa ese día, después del almuerzo devorado con rapidez, Loyola vio, como casi todos los días, a la señora del director asomada a la ventana de sus habitaciones, en un apartamento del segundo piso. ¿Por qué el tímido corazón de Landelino, inspector primero, palpitó un poco más acelerado cual un reloj que va a pararse? La señora, de opulenta belleza, le sonrió, a su saludo confuso. Aquella sonrisa Landelino satisfecho se la colgó en la botonera, como una ostensible flor.

En los diez altos cerezos del patio del instituto, rabiosos de primavera, los innúmeros racimos maduraban. Landelino les echó una extensa mirada de delicia, con un como car-

nal deseo, y aparentó no advertir a Hermosilla, que de una ágil pedrada bajaba los primeros racimos glotones...

VII

Un sol de julio canicular se rompía en los cristales, en los pavimentos, en las techumbres. Dos periodistas americanos, con su esposa uno, visitaban la ciudad y fueron llevados al instituto por el jefe político. Les acompañó el director. Apenas hablaban español. La señora, al ver a Landelino en su clase explicando fogosamente las causas de la victoria de La Arada, exclamó a su marido, mirando expresiva al amigo de su marido:

—Oh, picturesque, picturesque!—admiración que el periodista interpretaba como una orden a su kodak. Landelino, emocionado, posó. Los americanos le agradecieron y él les tendió la mano langaruta que ellos arruinaron en vigorosos, desnucadores shakehands, retirándose. Landelino, profesor de historia, tuvo un instantáneo arranque de vanidad ante sus alumnos,arranque asesinado al nacer por la sonrisa deshonesta que sorprendió en Efraín Hermosilla, que, sobre su pupitre carcomido por los recuerdos y muñecos intallados por tres generaciones a punta de navaja, movía cómicamente una estúpida pajarita

de papel. Loyola se avergonzó de su desenfado anterior, llameando.

Los americanos, al salir, vieron pasar un mozo de cordel cargando a mecapal un inaudito armario de luna:

—Oh, oh,—tornó a proferir la compañera: A human express wagon!

Y los periodistas ávidamente lo retrataron, para ridiculizar a los precarios países del trópico feliz en las lujosas revistas de Norte América—bajo una beatífica sonrisa del jefe político que se complacía de que los excursionistas de alma infantil encontrasen, en sus dominios, atrayentes impresiones...

Después de las clases, Loyola, inspector primero, fue requerido a la dirección con algo de misterio. Ese día había extrañado Landelino la hosca actitud del director: se presentó con su timidez estrangulada.

—Lo he llamado....—empezó el director con severo talante, hablando con pausas de frío y calculado efecto, que sobre el inspector primero caían como gotas de plomo en brasa... Se sintió como en la primera sesión de un ejercicio de arsonvalización—... porque una vaga suposición mía es ya terrible certeza, señor Loyola! ¡Terrible evidencia!

Loyola se columpiaba en la luna...

—No lo esperaba, de usted. ¿De modo que su comportamiento sólo obedecía a hipócritas

designios? ¡Fíese usted de los buenos informes, señor Loyola! ¿Ve usted ese saco? ¿Sí? Pues ya me comprende, y fíjese, señor Loyola, que es todavía el director quien le habla, no el marido ofendido quien le increpa...

El rostro de Landelino recorría toda la escala cromática y sus piernas se retorcían en desesperados tirabuzones dentro los pantalones de abultadas rodilleras. No comprendía, pero sabía que el mundo se estaba quebrando bajo sus pies.

—¿Qué me dice usted? Lo sé todo! Usted visita a mi señora con traición y alevosía. Ha faltado a todos sus deberes. Ha roto mi hogar. Me arroja a la vergüenza, a la infamia, usted, usted! Sí, anoche, cuando yo llegaba, usted no tuvo tiempo sino de escapar, en camisa... Vi su sombra huir cobardemente, y encontré allí su saco, ese saco, con su nombre malvado bordado sobre el bolsillo de pecho. ¿No es suyo, no es suyo? En aquel instante, lo hubiera matado a usted, no sé qué hubiera hecho. Después... después ha sobrevenido la reflexión. Soy el director de un colegio donde se educan centenares de niños. Tengo la confianza del gobierno, de los padres de familia, de los maestros, y soy un maestro... Su perfidia, agravada por el escándalo, me echaría de cabeza al cieno. Pero no puedo

perdonar. Mañana mismo, no he de verle más, entiende, nunca más! Retírese.

Landelino, bajo el niágara de fuego, no existía. Recordaba con insistencia matadora sus camisas rosadas de niño pobre sujeto a estrafalarios caprichos. Recordaba que en los últimos días, desde que el profesor Nolasco (botánica, zoología, fisiología) le aludiera a los fecundos cuernos del director, él, hiena, buitre, bicho infeliz, veía a la hermosa infiel sonreírle desde su ventana, entre las apremiantes cerezas... Pero aquello era palurdo. ¿Le amaría ella? ¿Cómo, de otra suerte, tenía aquel maldito saco al que Irene bordara desganada el nombre delator, *Landelino,* con decoradas letras? Su corazón caótico no funcionaba correctamente. Atrevió el principio de la disculpa, de la discusión dilucidadora:

—Señor...

—Que se retire, he dicho!

Landelino se fue a su casa haciendo un largo rodeo, por la calle, para esclarecer su pensamiento con alguna salvadora luz. Aquello era absurdo, como la fatalidad, como los descarrilamientos y como los pantalones balloon. Era absurdo como una cafetera eléctrica, como el himno nacional tocado por una jazz-band...

Prefirió, antes de llegar a su casa, decidir su vida en el próximo jardín. ¿Que no lleva-

ba sombrero? Qué importaba, si apenas llevaba cabeza! Quería razonar, explicarse la catástrofe, pero solo alcanzaba a hacerla más sombría e impenetrable. Y volvía a recordar sus camisas rosadas, horrorosamente rosadas, vitandas.

Transcurrieron horas sin fin, para Landelino, hasta que decidió llegar a casa. Toda la ciudad estaba hundida en el pozo del silencio. Sus pasos sonaban a hueco, siniestros. Fantasmas ridículos (como todos los fantasmas) danzaban entre las altas ramas de los cerezos de golosas drupas.

Entró en su casa con miedo. Irene se habría acostado, cansada de esperarle? ¡Qué bonita era Irene, con su cabello claro de highball y sus senos duros y ácidos como membrillos! Camisas... la camisa roja de Garibaldi, la camisa negra de Mussolini, la camisa rosada de Landelino... ¡una camisa de fuerza para los descamisados! Encendió la luz, atravesó los diversos cuartos, llegó a la alcoba: ¿dónde estaba Irene? Era extraño.

Por fin, junto a una lámpara, lo mismo que en los cinedramas, vio un papel. Lo leyó de un sorbo, como la fulminante puñalada de un rayo. (Corrigenda: no se puede leer de un sorbo ni el rayo usa ¡para qué!, puñal...) Decía:

«Landelino: Me marcho con Efraín Her-

mosilla. La vida contigo era insoportable y ridícula como tu nombre. Soy joven y completa: quiero un hijo que tú no me lo puedes dar. Eres un hombre de cartón, un inútil, tú no sirves! Perdóname, pero debes comprender que ya no podíamos continuar. Adios, Irene».

Paladeó, Landelino, el veneno: aún restaba algo. Abajo, una postdata, en letra más clara, sin emoción:

«Querido maestro, discúlpeme que ya no vuelva a su interesante clase: hay muchas cosas de mayor encanto en la vida y un bachiller menos no importa a Guatemala. Irene es excelente, no tenga pena por ella. ¡Ah, y mil gracias por el préstamo de su saco azul, que había tomado por equivocación. Se lo devolverá sin duda la complaciente señora del director. Tal vez pueda aprovechar la oportunidad y halle consuelo a nuestra separación. Yo ya he hablado a ella de usted «siempre» con elogio, y no es indiferente «por cierto». Saludes a todos los caballeros de su historia, y un abrazo de su comprometido servidor, E. Hermosilla».

Como en él no cabía más dolor, esta parte sólo le produjo estupefacción. Pensó en entregar la carta al director, aclarar... era lo lógico... pero la lógica estaba haciendo aguas cual un barquichuelo azotado por la tormenta,

cual un país cargado de deudas. Pensó de nuevo en las maladadas camisas rosa... Era verdad: Landelino Loyola era un inútil, un hombre de cartón! Deficiente! No servía...

VIII

Después del "martillazo en los dientes", de la "estaca de Odiseo en el ojo de Polifemo", regresó Landelino a la capital. Se odiaba de pies a cabeza. Era un inútil, hombre al agua, muñeco de una raza inferior. ¿Por qué no nació yanqui o alemán? Exploraba en la sombra de las ideas, como en una caja de objetos revueltos se busca un abrelatas, por ver si encontraba la iniciativa resolutora. Encontró a Peña, por la tarde, y fue saludado con efusión.

—¡Hola, tú aquí! ¿Estás libre? Te necesito. ¿Sigues siendo honrado, como antes? Cuando uno es propietario, necesita empleados honrados...

Y le contó. Mediante combinaciones de bien meditados fraudes aduanales, había hecho un capital. Era socio de La ciudad de acero, importaba automóviles, tenía las más bellas amantes de la ciudad, (le presentó a su esposa, hermosa, generosa, llena de gemas y de turgencias), pero le urgía un empleado

de confianza, honrado como un pesalicores, para un importante puesto de control.

Quedó de contestar al día siguiente. Loyola entonces vió que no era oportuno optar por ninguna de las tres únicas grandes soluciones que contemplaba en el horizonte de su desgracia, a saber: a) arrojarse por el viaducto de Las Vacas en el enorme barranco semejante a un gigantesco estanque de natación de la muerte; b) convertirse en sacerdote o profesar el espiritismo, para tener divertida correspondencia con los personajes de ultratumba, y, c) lanzar gritos subversivos y proclamas incendiarias en las calles de la ciudad pacífica, sobreentendiéndose que de esa actitud sobrevendría su extrañamiento del país.

En eso, un policía le pidió sus boletos. Landelino, acatador de las leyes, mostró un mosaico de recibos de contribuciones, que con sacerdotal gravedad, un poco cansada, ojeó el policía.

—¿Landelino?—le interrogó, un tanto extrañado, después de deletrear el nombre, frunciendo el entrecejo, mas mostrando esa elemental jactancia de los recién alfabetos.

—Sí, Landelino Loyola.

El gendarme sonrió, devolviéndole los papeles.

Landelino sintió una nueva herida en su corazón susceptible, en su «corazón contra-

dictorio, batallador y triste», que dice Daniel de la Vega.

—¡Landelino! Eso es!—se dijo, y la máxima idea fue localizada con párvula alegría por Landelino. ¡Su nombre! Se cambiaría nombre y sería otro.

Empezó a realizar cosas estupendas: compró cigarrillos, él, murciélago que no fumaba, y un diario, él, buho, que solo leía arrevesados textos de historia criolla. Pensó:—¡Al diablo la historia!

Necesitaba un nombre, un nombre vulgar, de eufonía corriente, que no atrajera sonrisas... Leyó el periódico arrebatadamente: de entre todos los nombres en él impresos sacaría el suyo, limpio, claro, como una perla del fondo del golfo de Nicoya... En la sección de sucesos policiacos leyó, con avidez, una truculenta gacetilla, una gacetilla simple como una señorita de quince años...

Era un individuo de nombre Juan González, que había apaleado formidablemente a su mujer y a un amigo que intervino en favor de ella. Al llegar la policía, Juan González huyó, en fuga que no pudo ser malograda por los esfuerzos de los agentes.

Apuntó el nombre, una, cinco, veinte veces. El se llamaría Juan González, sería otro hombre, enérgico, de quien no se burlarían. ¡Se reía de las camisas rosadas! Recluta de una

vida nueva, se despedía de su viejo nombre con el rencor con que se deja un caluroso puerto en el que se nos ha obligado a la cuarentena.

De temprano acudió a las oficinas respectivas: quería adoptar legalmente su nuevo nombre. Al decir el antiguo, ante dos testigos, el funcionario que practicaba el requisito le aventó la postrera sonrisa, como a un pobre pabellón que fuera arriado sin honores.

—¿Landelino Loyola?

Landelino Loyola estuvo a punto de amilanarse como los estudiantes de filosofía, pero recordó que era, ya, *otro*.

Explicó vagos motivos para el cambio, y escribió su nueva firma: Juan González.

El funcionario se sorprendió: a causa de la gacetilla policiaca del hecho de Juan González, cinco personas habían acudido ya a certificar que, aunque llevaban ese nombre, no eran ellas y para librarse de peligrosas confusiones, agregarían o suprimirían letras, en lo sucesivo, al firmar...

No importaba. Sería el enésimo Juan González, tanto mejor.

Y el ex Landelino Loyola salió, recto, gozoso, con una clara mirada dominadora. Era otro, como los jovencitos que salen la primera vez de alguna casa vedada. Era otro.

Paseó por la sexta avenida con la frente

despejada, dando grandes zancadas. En la plaza central advirtió que no quedaba nada del palacio centenario, del reloj de los italianos y del arco chino. Coincidía él con la vieja plaza de la ciudad. Ambos echaban su último lastre...

Como por última vez, Landelino pensó en su vida anterior de hombre de cartón, de hombre inútil y se conplació en repetirse, para asegurarse de la deslumbradora verdad:

—Ahora, soy otro. Otro hombre, otra vida. Me llamo Juan González... Juan González... número mil.

Evocó a la hermosa mujer de Peña, sin enrojecer. Quizá... Y obtuvo una líquida emoción optimista, como cuando vemos resbalar en una cáscara sobre la acera a un anciano; como, cuando chicos, acertamos un perfecto hondazo a la vitrina de la pastelería o a los anteojos del doctor.

Silboteó (un poco inexperto) una tonada en moda. Encendió un cigarrillo, tosiendo aún, sin querer, a la primera bocanada de humo. Se comparó a un barco que va a partir. Y como un héroe de novela, en voz alta, exclamó, liquidando su vida penúltima:

—¡Abajo el pasado!

Surgido del fondo del infierno, un chiquillo astroso, con una maldita camisa rosada, se le acercó:

—¡Chiclets, señor! ¡Chiclets!

Y como era un hombre nuevo, un hombre que acababa de hacer trizas el pasado, pisoteando los añicos con sus botas dominantes, el reciente Juan González tuvo que comprar a aquel muñeco que burlescamente brotaba ante él con una memorable camisa rosada, una cajilla de espantosas gomas de masticar, pagándole con su última moneda de bronce en que el reformador de su país momificaba su cara barbuda, cuadrada de energías preponderantes.

Y como un relámpago avieso, recordó que el director del colegio, con discreta gentileza, al despedirlo melodramáticamente, había olvidado abonarle los emolumentos del último mes. Se tragó, como una astilla, una astringente mala palabra, y se perfumó de una ancha sonrisa luminosa, munífica, cordial...

LA VIDA ENFERMA

Pablo de Andrade entrecruzó los dedos y apoyó la cara en los pulgares, fijos los codos en la mesita de ébano, en la miranda cristalada que caía al jardín. Sus ojos convalecientes de luz quedaron sin movimiento, mirando la volubilidad de la pujante enredadera de *lindas,* que hacía nimbo a la puertecilla, reventando en copiosas campánulas rosáceas. Afuera se abría el mediodía de marzo con un sol como el que condecora las canículas de oro.

—Inútil...—me murmuró en una palabra descolorida, y siguió naufragado en su mutismo. Yo le contemplaba como de hábito, con una mirada que lo envolvía todo y en todo él se retardaba. Naturalmente, como no pregunté nada, permanecí ayuno del sentido de su palabra, aunque de sobra conocía la costumbre de Pablo de soltar de repente un vocablo, un adjetivo como ahora, que condensaba o calificaba todo un período o un discurso íntegro

de su pensamiento, el adjetivo que me hería e inquietaba, que me obsesionaba y servía para anular la más victoriosa corriente de energía de mi amigo. ¡Inútil!

Inútil, la sombría palabra, esa absurda combinación de letras que entraña un sentido a que nos sujetamos sin análisis, y que en la vida de Andrade era un perpetuo torcedor. ¡Inútil! ¡Cuántas veces la oí, desde la cumbre de los más empinados entusiasmos, de los más contumaces intereses y de los más bellos altruísmos, rodar con sus seis letras y su acento, despeñarse, arrastrando la voluntad de Pablo al más desconsolador de los desánimos. En cuanto le veía intrigado en algún estudio, en algún deseo, empezaba a temer la llegada ineluctable de la palabra que helaría todo proyecto. De aquí que ninguna palabra me haya hecho sentir como ésta, más fuertemente su peso, su poder despótico, injusto.

Y, esta vez, la segadora, qué propósito, qué ilusión o qué ambición cortaría en flor? Andrade callaba y yo me sentía sin fuerza para emprender la reconstrucción de sus ideas, destrozadas cual por un terremoto por la maldita palabra. El dorado alcohol de mi copa se había trasvasado, en tanto que la copa de Pablo persistía incólume. Hurgué:

—¿Te declaras por los antialcohólicos, no tomas?

Me miró sin comprenderme, volviendo sus ojos de quién sabe qué viaje por países de ensueño o de vigorosa realidad, y, hasta al cabo, apurando de un sorbo el liviano licor, respondió:

—Perdona... Había olvidado.

Y sonrió con sonrisa desencantada, que apenas le abría los labios, laxos de cansancio. Iba ya a atrever el pensar que me torturaba desde hacía días, cuando me propuso visitar por la tarde a Lila, Divina, como la llamábamos devotos, y yo me así al pretexto para no ampliar mi opinión sobre su vida con una nueva definición que recién formulara. Charlamos en torno a la divina Lila, a quien Pablo amaba casi sin darse cuenta, y a quien adoraba yo creyéndola la salvadora de mi pobre amigo.

* * *

No hablamos una sola sílaba a lo largo de toda la avenida. Regresamos con pasos pausados, sin vernos a la cara, y aunque juntos distantes, comprendiendo que nuestro pensamiento desmenuzaba, esmagaba el acto, desde diversas cimas, de otros modos, en encontrados «puntos de vista», mas convergiendo siempre en crueldad, en severidad, no de otra suerte que como dos dogmáticos doctores que se ensañaran discutiendo opuestamente una cuestión sofística. Vergüenza de él a mí, o de mí a él, que sabiéndome fuerte, no

conjuraba en acres reprensiones, en desviaciones hacia el camino recto su voluble voluntad? Quizá.

Empero, sentía yo en mí como un dolor, la mirada estupefacta, perfectamente idiota con que lo apuñaleara al girar sobre nuestros talones, cortando de timidez, de miedo, de desaliento, ¡qué sé yo!, la visita que cual en peregrinación, millonarios de deseo y de fe, íbamos a hacer a Lila, la Salvadora, y la cual visita planeáramos enderezándonos de optimismo.

—Mejor no hoy... Mañana...—articuló Andrade, plegando fugazmente el entrecejo y los voluptuosos labios. Viendo la pupila blanca, cual la de un ciego, del timbre en el portón de la casa de Lila, albeando en una cabeza de Gorgona erizada de serpientes, en relieve, tuve la impresión de una ironía que revienta en carcajada. ¡Tuvimos terror de oprimir aquel punto de los alertas; de nuevo la monstruosa potencia de la Fábula ejercía su virtud maligna y nuestra voluntad endeble se torcía ante su vista pavorosa!

Malgastamos la tarde en un paseo casi mudo por las calles extraviadas, mohosas de abandono, en donde las vidas pobres, a la hora crepuscular, como amontonan sus desgracias y sus vicios apilan también sus alegrías hostiles, sus sonrisas de medio lado y sus can-

tares canallas: tumulto hervoroso y glutinoso en que a cada segundo se espera el florecer violento de las obsenidades, de las palabradas en que el idioma se sonroja y desangra, al modo de una llaga tornasolada.

—Quisiera ser como una de estas gentes...

Le miré renovando mi asombro. Andrade continuó loando y ansiando la vida gris, arrastrar una de esas vidas de anonimia que pesan como fardos de angustia y tórnanse tan inabandonables y queridas; la gloria de los alcoholes malos, que hacen arder los ojos y las mejillas, naufragar el cerebro y fluctuar las piernas; las bigardas condecoraciones de las cicatrices, otorgadas entre un aparatoso deslumbramiento de puñaladas; tener la rebeldía sorda del trabajo forzoso; la elegancia resignada del harapo insustituible, y la ilusión diabólica de los amores perversos, baja bohemia de arrabal, obligatoria y tirana, escuela superior de miseria y maldad, pero en donde, cuando brotan una alegría o una bondad, tal en un estercolero, es en una flor tan blanca, tan espontánea, tan disímbola de las aristocráticas y pervertidas flores de los invernaderos, y tan santamente aromada!... Y tener el privilegio máximo de maldecir la vida y amarla con desesperada pasión, como a querida que maltratamos y a madrastra que nos flagela!

Corté su discurso académico del vicio y el dolor de los suburbios con una letanía de reflexiones filosóficas: reflexioné cual un cabal burgués que ve la vida desde su mentalidad oprobiosa, bordando de hilos negros en el cañamazo de la vida pobre, que nos sonreía al paso en la sonrisa amarilla de anemia de un niño desmelenado y descalzo; que nos asestaba sus rabias de opresión en la mirada agresora de un sospechable bandido; que avergonzaba nuestra caridad de clase social mejor situada, en la mano leprosa y sarmentosa de un mendigo, y atormentaba de asco nuestra sexualidad en la visión de una madre que da al crío sus ubres exhaustas, mientras su vientre delata en su acentuada redondez el progreso de las próximas maternidades!

Comimos en un brillante restaurant, una triste comida en que los vinos casi fantásticos que escogió Pablo, no pudieron aclarar nuestros ojos, ni nuestros cerebros, turbios de los pasajes recientes, que dejaron un miedo tiritante de hospital, de taberna, de meretricio, de manicomio y de cuartel en nuestras prevenciones, en el espíritu de nuestra educación de «seleccionados».

* * *

Desde golpe reconocí el proceso de la idea que cultivaba el cerebro de mi amigo esta buena mañana fragante de luz y de limona-

ria, originando de sus análisis y desviaciones de los cuadros de la tarde anterior, correlativa, aunque a primer momento no se descubriesen analogías. Le escuchaba con esa suma de atención que presto siempre aún a sus más caprichosas o fútiles disquisiciones.

—Yo me asombro—decía—de sorprender en un punto en el que no hubiéramos reparado nunca si no una circunstancia imprecisa e imprevista nos coloca ante él—toda la base de nuestra vida, la solución inopinada de todos nuestros problemas, aunque sea sólo en un terreno de ideología, fuera de la realidad en el plano de las cosas inverificables, pero no inverosímiles... Tal, contemplando una rosa o un gusano, por sugerencia audaz y por deducciones sutilísimas, sin gradaciones casi, encontramos de pronto la contestación profunda a un «por qué» que creíamos sin respuesta... Viendo un gusano pensamos en que nuestra felicidad estaría en arrastrarnos muy cerca de la tierra, muy confundidos en ella, en vez de calentar el ansia del vuelo, que torna torvos los ojos de las aves de presa que se elevan más... Porque, convéncete querido, que la felicidad está en nosotros mismos con independencia de los países, de los paisajes y de los individuos. Centenares de filósofos y millones de seres lo han establecido así, estérilmente. Es una verdad muy

antigua que todos intentamos demostrar, probar y contradecir, a costa de nuestra propia dicha del instante que perdemos en la investigación... Y viendo una rosa—para no distanciarme más del punto de partida—se nos revela el por qué de un sistema planetario o el de un sistema religioso...

Yo le dejaba seguir, sin atajarle nunca, complacido en sus monólogos armoniosos, presa del encanto de su voz dilatada con calideces extrañas, con adorables temblores...

—Quizá ciertamente esté en la geometría la fuente primordial del conocimiento, y pues sobre todos los puntos pueden trazarse círculos, ¿qué más da que el punto central sea un ion, un gusano, una rosa o Dios? Así, la vista de un niño enfermizo, raquítico de alma y de cuerpo, casi un gusano, me conduce al reconocimiento del círculo de mi vida, incompleto e inseguro, a la aceptación virtual, y consciente, de los tres principios clásicos que valorizan la vida, que le dan sentido, razón de ser, que nos dan derecho a ser; las tres dolorosas y supremas paternidades de procrear un hijo, escribir un libro y sembrar un árbol... Debe ser una encantadora voluptuosidad, que halaga y acaricia los más íntimos egoísmos, saber, la certeza de saber que nos prolongamos, que persistimos, que nuestras raíces están en el pasado,

pero que nuestras ramas prolíficas se colmarán de flores o de frutos en el porvenir; que nuestras ideas transitorias hoy, vivirán no obstante cuando ya los gusanos, los pálidos gusanos, hayan concluído su tarea finalizadora y ya tal vez ni la rebeldía ósea del cráneo que encerró esas ideas, exista; que por nosotros, como si nosotros propios fuéramos, un árbol de anchas frondas dará sombra a los cansancios y amparo a las alegrías de los pájaros en el patio solariego que se agitó con nuestras alegrías niñas o en el camino que nos sugestionó de errabundez; que hijos y nietos nuestros—la estirpe que se afirma—llevarán en el rostro algún perfil nuestro y en sus células alguna idea que albergó también en las nuestras, y que arrastrarán—neto egoísmo—la carga de vida llena con nuestros vicios y nuestras virtudes, que arrastramos nosotros.. Es casi una venganza.

El automóvil en que corríamos por las llanuras conquistadas, en los caminos domeñados, entre una austera guardia de árboles alertas, empezó a restringir su paso, a refrenar su bajo vuelo de monstruo de primitivas fantasías y a resoplar con penosas impaciencias: como si fuésemos a conquistarla, ascendíamos a la cima, que verdeaba al sol. En el hondo del valle magnífico, rutilaba la mancha blanca de la ciudad.

Y Andrade:

—¡Qué sarcasmo! En la serenidad sublime de la naturaleza, a donde debiéramos llegar de rodillas como a los santuarios milagrosos, para orar e hincharnos de sus vientos y henchirnos de su alma poderosa, aparecemos con la profanación del automóvil de modernas urgencias...

Ordenó parar. Descendimos del coche, y con recogimiento nos internamos en la selva, que exhalaba un perfume de beodez, de plenitud rotunda. Andrade hacía exclamaciones infantiles ante los árboles enormes semejantes a patriarcas, ante las orquídeas que policromaban las altas ramas, ante las lianas salvajes que se enredaban y anudaban y ascendían sobre los robustos troncos como pasiones invasoras, ante los pájaros que reventaban en repentinos colores como flores aéreas... Todo, los primeros instantes. Al cabo, me miró con una expresión contigua a la súplica, cual la de un perro que implora la condonación del castigo...

—¿Regresamos?—le atreví con una sonrisa.

Y tornamos hacia el camino, mas todavía admirando el esplendor vernal de la floresta Andrade y aun saltando sobre la fragosa alfombra de la hojarasca. Pero de pronto dio un grito gutural Andrade y quedó inmovilizado, los ojos cerrados. Me acerqué a él pa-

ra descubrir la causa de su tremebundo horror. Me señaló con la mano, nervioso, hacia una pequeña oquedad, en que lucían las siniestras esmeraldas de los ojos de un reptil. Reí con mis mejores carcajadas e iba a saludar al inofensivo animálculo, cuando me agarró con furia de la solapa, ajándome la preciosa porcelana de una orquídea que me había colocado un momento antes.

—¡Qué asco! ¡Qué asco! Y mal agüero... —me gritó con violencia suplicante, y, en silencio, ligeros, en huída, avanzamos al automóvil, que emprendió el descenso a la ciudad en una locura de liberaciones, en un furor de derrotas...

* * *

La voluptuosidad de los caminos, la fiebre de la carrera, encendió sus vigores, sus energías, sus optimismos jóvenes. Cuando entramos en la ciudad, Andrade reía con jocundas risas de niño, hablaba con viveza y miraba las cosas con asombro, grandemente distendidas las pupilas, con brillantes humedades. Pensé en un convaleciente de regreso de un sanatorio a la Vida y que entra en ella con ese ardor y glotonería que da el gozo de las recuperaciones.

—¿Por dónde comenzarás? ¿Vas a escribir el libro, o a sembrar el árbol?

—No; voy a soñar en viajes ilusorios...

—¡El capítulo de los viajes! Es el más peligroso, ya lo sabes: en los trasplantes perdemos parte de nuestras almas...

—En los viajes efectivos, mas en los imaginarios?

—En ellos perdemos el bienestar actual, envenenan de ilusión nuestras vidas, y ¡nada tan peor que la ilusión en estos tiempos en que se impone a todo el concepto práctico, la supremacía y eficiencia de la realidad sobre la teoría, la indiscutible victoria de la razón sobre el error...

—¡Ea! Sancho pedagogo... Qué triste labor: después de arramblar con las realidades pintorescas de la vida—trajes multicolores, airones, armaduras, chambergos emplumados, rutilantes borceguíes, perfumadas cortesanías, suntuosas ceremonias...—matar las amables ilusiones apenas salvadas de la tormenta universal de practicismo...

—Sería sorprendente que los nostálgicos del ayer, yo entre ellos, si quieres, luciéramos famosos airones, jubones terciopelados, puntiagudos borceguíes y viviéramos en románticos castillos ociosos de heraldos, bufones y alabarderos (sin calefacción, sin electricidad, sin cinematógrafo ni rayos x, sin radio ni automóviles de noventa caballos...), o entre odaliscas de vaporosos vestidos... que se es-

caparían felices de nuestro lado para amar a untuosos astros del cine o servir en los pecaminosos restaurants de medianoche.... El tiempo ha pasado...

—Pero la ilusión debe persistir...

Le abandoné por la noche en el segundo acto de un dramón de capa y espada, que no pudo soportar, y como a la mañana siguiente tuve que dejar el país en un viaje rápido e inesperado, me privé de despedirme de mi amigo por quien sentía crecer un cariño próspero y una iluminada admiración: reunía todos los atributos juveniles, todas las condiciones que puede exigir, para aposentarse, la felicidad: limpio de cuerpo y de espíritu abierto, de imaginación brillante y equilibrada conciencia, rico, amado de mujeres bellas, sin familia obstructora de sus caprichos o sus ambiciones, apto, eficaz... Y sin embargo... Algo había en mi amigo que lo alejaba del goce pleno, que retiraba los dones de sus manos, que le hacía duros los caminos, vacía la vida. Yo había vacilado en decírselo, pero lo hubiera definido en una breve frase de llamarada:

—Tú tienes la vida enferma—había pensado decirle, y me remordía haber callado en las ocasiones propicias en que la aceptación consensual se hubiese impuesto. La vida en-

ferma, ¿no era peor que un vicio degradante, que una úlcera espantosa o que una miseria irredimible?

* * *

Llegué temprano. El grave joven criado filipino de Pablo con su mirada levemente oblicua y una sonrisa apenas apuntada por un blancor de dientes, me introdujo, quebrantando su inflexible regla de previo anuncio, en homenaje a mi amistad con el amo, y como saboreando el placer de una sorpresa, de la que recibiría él, que, inauditamente para mí, se hallaba en el ala derecha del hotelito, a la que tan escasa afición teníale.

—No haga ruido, si tiene bondad—me suplicó el mozo, sonriendo.

Enmudecí mis pasos, en asomo de intriga. Imaginé que Pablo escribiría, desacostumbradamente, en orden en algún recién arreglado estudio, severo, lleno de verdes, solemne de libros, con la electricidad esclava de una grande pantalla, con un grueso servicio de tinta, de cristal, algún cuadro, quizá alguna estatuilla, timbres y teléfono y hasta, talvez, él, que odiaba la escritura mecánica para sus «cosas», una burguesa y servicial máquina de escribir... —La letra manuscrita—me dijera en larga conferencia—ayuda decisivamente a dar

la emoción, la significación y la intensidad del pensamiento, presta color a las palabras, muestra las nerviosidades o las serenidades de la idea, es sinuosa, contorsionada, dislocada, se agranda o se acorta, se encoge, se esmirria, expresa la tortura mental, desigual en nosotros los «galeotes de las letras» que tenemos la infortunada y amable virtud de reducir a cuartillas—aunque no lo logremos siempre—nuestras más nuestras emociones, nuestras más ajenas visiones... Porque la letra vacía, la letra del oficinista que no piensa lo que escribe, la del comerciante, la del doctor,—aunque éste la haga sospechosa a las veces, por previsión—esas letras pueden ser parejas, niveladas, bonitas... como las propias vidas. Y para ellos es la máquina de escribir, letra anónima, ¿lo dijera? sin alma...

Yo, que le rebatía con ardor en favor de la escritura mecánica, aunque jamás ganara ningún campeonato por razones que sería prolijo enumerar..., qué bien lo recordaba, al imaginarlo tecleteando en el piano de una typewriter, un bello libro en el que encerrara esa bandada inquieta de pájaros raros que volaban a perderse en el azul olvido, cuando hablaba, cuando discurría dulces vaguedades... ¡Quizá tenía en la frente una verde visera de caucho, esa aureola inversa de los medianos! ¿O? ¿O convertiría el elegante

fumoir en capilla de ardientes oblaciones citereas, y aún en esta mañana candorosa de julio, oficiaría el humanísimo misterio de la transfusión, entre artísticas pompas de lujuria?

El mozo me guiaba sonriendo, sonriendo de mis pasos que vacilaban. ¡Dios! Pablo, Pablo en verdad y en ropas de sportman, metido en un completísimo gimnasio, ahora haciendo en unas anillas un complicado juego de acrobacia...

—Pablo, Pablo, por Dios...—le vituperé en el tono más patético, como en un drama.—¿Qué locura es ésa?

—Verás. Acabo de terminar la clase. Se ha marchado ya Smithson, el profesor, y estudiaba para mañana...

No pude hablarle nada, pero mi asombro, mi desilusión se pudiera decir, le condolió de hondo.

—Como pasaba tanto tiempo sin verte, me aburría. Normé mis días a los deportes: mira mi horario (que esplendía bajo una panoplia de floretes, espadas, guantes de box, caretas, bats...) gimnasia, esgrima, equitación, carrera, natación... Están creciendo ferozmente mis músculos. Toca mi bíceps—concluyó, haciendo una recia flexión del antebrazo que exhumaba la dura musculatura de un gigante de feria.

—¡Un colegial, tú! ¡Un gimnasta de circo!

—He llegado a apreciar el valor único de los deportes, del ejercicio físico en la vida actual. Nuestros hijos harán de ellos un culto. Nosotros somos los precursores. El ejercicio nos transforma hombres nuevos, sanos, fuertes, sin preocupaciones; hombres irreprochables.

—¿Has concluído?—interpuse en su exaltación—. Berstein dice que el sport es el refugio de los hombres que no sirven para más altas empresas. He creído que tú no eres uno de ellos. Y aún más, pienso que tú no crees lo que en su favor has declarado, y que, seguramente, no volveré a oír de tus labios...

Ahora él, el vencido. Me arrastró a la glorieta de nuestros diálogos trascendentales. A la que yo, en una ocasión de memorables soñaciones, dedicara los catorce ripios de un soneto. Caímos en un blandísimo diván, mudos. El sol tendía policromadas suertes de luz en los vidrios altos, entre los puntos de sombra—serpientes y estrellas—que hacía la enredadera vivaz.

—Tengo un gran proyecto para pronto.

Le avivé las llamas de los ojos, esperando.

—Me voy a suicidar.

—Pablo...—sonreíle con hondos miedos improbadores.

—Indeclinablemente. Tú conoces la fuerza de mis resoluciones, el poder de mi voluntad cuando se obstina, y sólo a ti podría decirlo, que me crea.

—Pero ¿estás en tu juicio?

—Completamente, perfectamente, como el más burgués y lúcido de los burgueses, como un almacenista majadero...

Liberté las válvulas de mis objeciones, de mis conceptos estúpidamente nítidos, de mis proyectos y de mis exclamaciones, todos, adversarios a la idea que veía anidada en el cerebro de Andrade, cual un cuervo. Me escuchaba Pablo con un mohín que reprendía lo banal de mi actitud y de mis palabras, avergonzándome de insufribles rubores. Sus ojos soñadores erraban en el espacio vibrante de luces zafiro.

—Pero callas—le agarré—, no me das razones, motivos, claro, claro, como que no los tienes...

—Estás diciendo el mejor motivo, la más admirable razón: por gusto, porque no tengo motivos...

—¡Cobarde! Tienes miedo de vivir—me indigné.

—Tengo el valor de dejar la vida, de renunciar, de abdicar, yo, que la he defendido y amado tan ardientemente...

—El suicidio es feo, antiestético, vulgar—adújele, atropellado.

—Buscaré una forma original o bella, o resucitaré las bellas muertes voluntarias antiguas, las palpitantes muertes exóticas... Como un buen romano, acaso, me cortaré las venas, muellemente, en un perfumado baño de agua tibia, mientras suene cerca una adormecedora, una mecedora música y ventrudos pebeteros se estilicen desenvolviendo magas columnatas de humo...

—¿De modo que lo haces?

—Estoy decidido.

—Y... ¿cuándo?

—Otro valor, para que no taches mi muerte de cobardía: yo le impongo, grave y premeditadamente, término a mi vida: lo haré en septiembre, el día de mi cumpleaños, para que sea un número redondo, a manera de no deber ni acreer centavos de tiempo a la vida...

—Seis meses...

—Seis meses que gastaré en tu compañía, que no me la negarás, y en hacer un estudio sobre el suicidio ante las religiones, las filosofías y las leyes, a través de las razas y los siglos.

—¿Y si aviso a la policía?

—No lo harás. Sería peor...

De no conocer tan profundo el carácter de Pablo—pese a tal cual vacilación—hubiera

sonreído a sus últimas palabras como a una ironía. Pero la decisión estaba en él, y yo comprendí que cuantos obstáculos y objeciones opusiera sólo acrecerían su insano deseo de conocer a la Desconocida.

—En consecuencia, ¿no encuentras bella mi resolución?

—Pablo, mejor no hablemos de esto, me hace daño... y ni siquiera, por cortesía, has dicho nada de mi ausencia...

—¿Tan pobres de tiempo estamos? Ya exprimiremos este tópico; pero antes, me vas a dar tu opinión franca, leal, sincera, amplia, sin ambages de convencionalismos, que te sientan mal, ¿crees buena o mala mi idea? Aunque no quisieras decírmelo, no es cierto que la apruebas?

Concreté mi seriedad y mis fuerzas de severidad para el amigo que sentía írseme, cual junta sus esfuerzos quien ve a alguien querido a punto de rodar por un precipicio y se apresta a salvarlo; y con una opaca voz conveniente, mirándole hasta el fondo de sus ojos húmedos del vitando ensueño, le dije mi vieja idea, la que tantas veces estuvo a ras de labio, próxima a corporizar en palabras, pero que tornaba siempre medrosa al archivo cerebral.

—Pablo, tú estás enfermo!

La fina y nerviosa, filosa carcajada con que

me respondió fue apagada por el mozo que llegó a anunciar:

—Señorito, está ensillado Allan...

—Déjalo. Puedes salir en él, si deseas...— y agregó para mí:—esta vez haré ejercicios mentales con Jorge...

Nada vencía mi solícita seriedad. Le repetí:

—Tú estás enfermo... tienes la vida enferma. ¿Quieres complacerme? Veremos médicos. Irás conmigo. Voy a realizar una benemérita empresa, salvándote.

—Ya, si gustas. Para complacerte y por reir un poco. ¡Ya te asombrarás de lo que me receten!

* * *

Volteamos sobre otros temas, esa mañana, esperando a que diesen las once. Le desenvolví las impresiones de mi estancia en la vecina república, minúscula como una broma de la geografía. Mi amor con una morena y encendida chiquilla, mi buen amor de adorables remembranzas, de cuarenta días como una gloriosa cuaresma, sin crucifixión..... ¡Qué horas tan bellas con Aída, qué perfume tan desconocido el de aquellas horas confiadas y amorosas, como eternidades, en que ella, en un discreto saloncito, deshojaba para mí en el piano los virginales nardos de la emoción, mientras doña Angela (su mamá:

romance, mi suegra) platicaba con la mía plácidamente, acaso evocando antiguas horas de hechizamiento, cuyo recuerdo enciende las pupilas ancianas y pone un temblor de marfil en las ajadas manos y un conato de amapolas en las mejillas malva...

Unica, una vez en que—las viejecitas en silencio piadoso escuchaban la romántica romanza que derramaba Aída—aventó doña Angela desde el ángulo en semisombra de sus pláticas tranquilas, con un gesto de vívida angustia...

—Hija, ¿qué te pasa?...

Porque la música melancólica se había cortado de pronto en un tajo, y Aída temblaba muy dulcemente sojuzgada por un beso furtivo que me fue imposible evitar que rozara en la morena gracia de su nuca, y que apenas pude disimular con una inhábil caída de los papeles de la música, donde los diablecillos perversos de las notas reían desde los enrejados de los pentagramas el viejo episodio de amor que nuevo veían repetirse...

¡Amor romántico! Amorío amable que alargó mi ausencia y me hizo soñar, situando en peligro mi alma incorregible de sentimental, aniñándome en su encanto poblado de ingenuidades, de castidades y de suavidades. Oh, la dulce enfermita, hermana convaleciente que veía yo resurgir de sus dolores, de su clorosis

y quizás de su desencanto, por gracia de mis besos fogosos; que me hacía sentir la obligación de curarla, de redimir su vida de enclaustrada y de soñadora. ¡Dulce curación que me confería tan dulces emociones!

—Pero no hay duda, tú sigues enamorado, felicísimo!

—Sí, no te lo niego. Yo que alababa y gustaba siempre las melenas aurisolares de las rubias caí ciegamente en la urdimbre de amor y ensueño de esta morena nena.

—Y has cometido el error imperdonable de no comenzar tu relato desde el principio, que según dicen, es de donde debe comenzarse. ¿Cómo y dónde conociste esa perla?

—Nuestra señora la Casualidad, como siempre. Iba en el tren, un fastidiante tren del sur. Veo, sí, veo, a media marcha, entrar una señora y tres hijas (supuse). Sentáronse contiguas. La una, Aída, la enfermita, morena y pálida; morena Ana, y María Adelaida blanca, la mayor. Ensamblé charla con la más vecina y más propicia, Ana, a quien inquirí los nombres y detalles familiares y a quien dí desintencionados floreos. Al frente quedábame Aída, defendida por el rompeolas de la madre, sobre la cual comencé una táctica de ojos y muecas que la hicieron sonreir primero, reir después—¿la mujer cuando ríe está vencida?—y al cabo turbarse y mirarme

con sus grandes ojos, prendida, como yo, de naciente amor. ¡Qué he de decirte! A la llegada a la capital era amigo de doña Angela y de María Adelaida (quienes se habían interesado por mi facundioso relato de la última revolución de mi tierra, referida con insólitos pormenores), ¡novio de Ana!, novio de tren, se entiende, y adoraba a Aída, con quien apenas logré hablar, pero de quien recibí a la despedida el más significante apretón de manos de mi vida...

Yo fuí al país vecino con el propósito de ver a mamá, que, el decir de los telegramas y las gacetas, hallábase enferma grave. Pensaba perder a mi dulce viejecita y quería verla antes... Pero, a mi llegada, estaba restablecida en total y orgullosa de su constitución, terminando de curarla, como diría cualquier cursi gacetillero, mi presencia. ¡Y la dulce viejecita, un día, me ofreció una sorpresa, y la sorpresa fue! Iba a presentarme con una antigua amiga suya, que tenía varias hijas de quienes me recomendaba, ¡la maliciosa!, no me fuese a enamorar... Y visitamos aquella noche... a doña Angela y sus tres hijas, sufriendo mutuas y múltiples sorpresas. Ana y María Adelaida partían al día siguiente hacia una ciudad oriental de la república diminuta, quedando solas la madre y la bella convaleciente, a quienes prometi-

mos visitar asiduos madre y yo, ¡yo de mil amores!, retardando mi viaje de retorno con especiosos y fáciles motivos. Y el amor llegó intenso, sentimental y cándido, hasta morir en el lago de lágrimas de Aída a mi venida y en el rosario de besos de apoteosis en sus suaves palideces de enferma. ¡El fin doliente de la comedia sentimental!

—El fin no,—aseguró Pablo con una tristeza en sus ojos y una meditativa actitud que me tornó también pensativo—. El fin no, porque hay un epílogo de dos tristezas, y quién sabe... El amor que pasa nos deja un rastro como un perfume perenne. O más bien dicho, debe de dejarlo, porque por mi yermo nunca ha pasado...

* * *

Fugaz y gentil la visión. Coloreábala una onda de rubor, cual el fulgor de un fuego de Bengala. Como el ilustre doctor ya no abría su clínica a las necesitadas peregrinaciones de los dolientes, encastillado en la torre cuadrada e inviolable de su sabiduría vieja y de sus años, y pasaba los días lentos en áridos buceos entre los libros panzudos, recibiendo solo de raro en raro las visitas que buscaban su fama, esta vez hubimos de entrar al estudio tapizado de librerías de nogal y cristales en donde dormían su venerable sueño las ciencias eternas y mentirosas. Y fue la bella

visión la hija menor del sabio médico, del viejo sabio que quizá en pago de los vástagos que arrancara a la vida, retoñara en cinco florecientes ramas, las dos mayores también podadas de guadaña, quedando sólo en el duro tronco dos masculinas ramas: Carlos, que no concluyó la carrera de abogado, y Alfonso, que consumía sus energías en la labor del campo, ajeno a mentales turbaciones—y la última, de belleza delicada, sensible, vibrante: Marina Luz, cuyos dieciocho años se dijeran condenados a mustiez en el frío ambiente brumoso de la casa paterna, donde sus risas gráciles sonaban y se prolongaban terriblemente, delatándola como una profanadora. La bella hija que hizo de portera gentilísima a nuestra entrada, señalándonos el estudio, rojeando de rubor y avivando el paso trémulo cuando, a salvo la seriedad que la casa y la visita imponían, la alfileré con un galante decir...

Cortés y grave la visita. Severo el doctor con sus ojos entornados bajo el peso de los párpados cansados, cano el cabello corto y mesurado el hablar de sus labios marchitos. ¡Y una decepción el diagnóstico y una ironía el plan curativo! La ciencia vieja confirmaba el aserto de la nueva, el doctor antiguo estaba de acuerdo con el médico moderno, y dos bocas distintas y opuestas decían la misma sapiente inepcia y despertaban la misma son-

risa no se sabía si compasiva o desesperanzada en nuestros labios de incrédulos, de irrespetuosos, de prevenidos!

...Hacer ejercicios, viajar, pasear, distraerse, reir, ¡leer ciertos libros energéticos!, todo, todo igual como un programa de radio que se repite bajo diferentes agujas!

Nos despedimos desencantados, dejando al doctor posiblemente conturbado, mascullando la palabra banal, neurastenia, y hundiéndose de nuevo en el sopor de sus libros inútiles en que exploraba, a través de las espesas capas de necedad que amasaron los siglos, el instante genesíaco de las tres claves: de la salvación de la vida, de la prolongación de la vida y de la superior intensificación de la vida... de la vida, la eterna torturadora y maldita, por cuya liberación de males envejecen médicos y profanos absorbidos por libros agotadores y desilusionantes, frente a las delirantes visiones de la carne lacerada que se hacina en los hospitales y en los manicomios, en un dantesco horror en que se condensan todos los dolores y muequean trágicamente todas las angustias del cuerpo y del alma!

Avanzamos lentos por la galería alegrada de opulentos arbustos y tuberosas, en cuya fecundidad adivinamos el cuidado de las leves manos de Marina Luz... Vanamente, esperábamos ver cruzar su silueta fugaz...

—¿Qué dices ahora, Jorge?—sonriendo me preguntó Andrade.

—Que es lástima que los doctores no se suiciden—respondí esforzando mi turbación, que ya el día anterior, en la elegantísima clínica llena de brillantes aceros y fulgentes cristales, con divanes de boudoir y obtusos aparatos de alquimista, tuviera un igual fracaso mi fraternal solicitud al amigo cuya enfermedad, que yo planeaba y ordenaba hasta en mínimos detalles, no acertara el mozo médico a entrever, envolviéndola en la suntuosa túnica de neurosis triviales, que salvaban su crédito, recetando los remedios que practicaba hacía dos meses mi buen Pablo con contraproducente éxito!

* * *

—¡Indiscreto!

—¡Mal, malísimo amigo!— nos gritamos, él irrumpiendo bruscamente y yo acariciando el plieguecillo exóticamente perfumado, que mi curiosidad me hiciera tomar de entre el revuelto mar (¡maremagnum!) de su mesilla de trabajo. Exóticamente perfumado el plieguecillo, con la fecha de ayer, escueta en un temblor de pluma: «13 de julio», y seguidas las escasas palabras que tintaban de misterios la prometedora misiva:

«Vacilo mucho. Pero, en fin, le esperaré. Confío sus reservas. Le amo.

Marina.»

Un telegrama, casi. Casi, una entrega. Marina... ¿Luego?

—¿Y bien, Pablito?

—Tú lo ves, nada...

—¿Nada? ¿Nada! ¡Que se han enamorado, a mis espaldas!

—Como esto es una futeza y no te preocuparía...

—Siendo tuya, ¿cómo no iba a preocuparme?

Y emprendimos una charla ilusionada. Charla ilusionada en que Pablo transfigurose a mis ojos, mostrándose otro, desdoblando su personalidad de pesimista, desconocido.

—Cuando el amor pasa nos deja el rastro de un perfume...—dije sonriéndole con ironía.

—Que produce dolor de cabeza...—terminó él, esa tarde.

* * *

—Pero cree usted de verdad, Jorge, que Pablo está salvado?—me preguntó ardientemente interesada, Lila, el alma en las pupilas toda, rizados de emoción los dedos frágiles en ademanes blandos como vuelos de palomas sobre lagos de biombo: rom-

pían las pompas de los senos en el raso del semicorsé. Sentía ella el masculino impulso que nervioso dominaban mis manos, de asirla por el talle como por el tallo a una flor. Adivinaba mi malestar inquieto, y sonreía a mis infinitas turbaciones escolares, sesgando al bienamado amigo la charla de la tarde, sabia en los medios de ahuyentar mis más larvados deseos, avivándolos. Tal una hoguera.

—¿No hará «lo» que decía?—sigue a mi silencio.

—Por ahora, Lila, no...—acierto a responderla.—Pero...

Recoge ella en inquietud mis puntos suspensivos. Se ha acercado un algo a mí. La onda cálida de su aliento, de sus perfumes, de su vibración, todo su aroma carnal, afloja mis nervios en divina laxitud.

—¿Pero?

—Pero Pablo no me parece firme. Sobre sus optimismos pesa el aleteo trágico.

—Entonces, ¿usted cree?

—Que no tardará en volver a su idea.

—Y usted, Jorge, nada hace!—me reconviene estirando la pregunta con gesto que duplica mi turbación.

—No sé, no sé, Lila... Usted podría decirme... intentar algo...

Repentinamente, toda ella se torna en cam-

bio total. La desconozco. Su risa estride, su ironía mata, sus ojos se apagan como los ojos de una mora enamorada o se enardecen de lumbres rabiosas como los ojos de una mora celosa; fosforecen con reflejos bronce sus ojos; sus uñas sonrosadas se afilan cual retráctiles garras de gatita loca; su voz se amansa en reposos letales o se avienta huracanada.

—No. No hace falta que sea yo. Yo menos que ninguno, que ninguna. ¿No sobran doctores? Tiene gracia, tiene gracia eso, Jorge... ¿Pues usted cree?

Yo me he entregado, sosegado, a contemplarla con pupilas absortas, con la tenacidad de un éxtasis insano, dibujando formas inverosímiles, saltos y brusquedades y contorsiones y desdibujos como en la piedra atormentada de una obra de Rodin, en ella; y siento el sortilegio de la intuición de un peligro gigantesco, de algo que se desconoce, presto a acontecer. Contengo con esfuerzos crueles, rasgantes, las insurrecciones de mi espíritu y de mi carne. Para salvarme, extravío mi pensamiento. Anhelo que se vuelva a mí airada o que coloque en mí aunque sea un pueril interés. ¡Si yo motivara estos celos...!—envidio al amigo fraternal.

—Y, Lila, encantadora Lila,—interrumpo

desmañado—¿si yo le dijera en este momento... que la adoro?

Se ha callado. Se ha inmovilizado. Me mira, no sé si ofendida, no sé si sorprendida, no sé si ausente. Me mira. Apenas acierto a sonreir. No sé si sonrojarme. Espero su carcajada o su ira tormentosa. Mas no. Lila se acalma, se acalma, se acalma, y desde el fondo de su calma, de su serenidad tan nunca esperada por mí, me responde palabras flúidas, dúctiles... ¿Me dice algo esta música de su voz? Quizá sólo lo sugiere, quizá escucho más palabras de las que profieren sus labios. Yo no sé nada... nadie sabe nada... Concluyo, en una pausa suya:

—Lila, en verdad, usted me encanta...

Y sucede en su serenidad un salto súbito: ella es ahora la desorientada, no me contesta, está para sonrojarse. Me posee un tan poderoso impulso de pedirla perdón, de no sé qué!

—Lila, ¿la he ofendido?—clamo con infantil súplica. La amiga me guía.

—¡Qué niño está usted, Jorge!

Y cuando me despido de la divina Lila, de Divina, en la calle, me hundo entre las olas ambulantes, como en un verdadero mar, isla náufraga, bajel sin brújula, madero del azar, a la deriva, sin pensamiento...

Doy en la calle con amigos. Pláticas tri-

viales. Naderías. Floreos presumidos a las chicas que cruzan, estudios profundos de las adolescentes canillas que pasan bajo las airosas sombrillas de las faldas altas.

* * *

—Pablo, Pablo!

Le encuentro en el salón de la ruleta, bajo la inundación madorosa de la luz eléctrica, en el vivo infierno del vértigo. Ha perdido no sabe cuánto. Le han azotado con el inevitable refrán, invertido, de la fortuna en el juego. Juego por él, y gano. Gano, gano, hasta enojarme. He visto con demasiado brusco gesto a un vecino desconocido que me ha arrojado el refrán malintencionado. El maldito refrán se me repite, una, diez, cien, mil veces en el cerebro; me obsede. Estoy muerto. Hemos consumido cognac como bárbaros, en el supuesto de que los bárbaros consuman cognac. Recuerdo que un automóvil a toda luz, barriendo con la luz desbordada de sus faros deslumbrados las avenidas, nos arrastra, lo mismo que si estuviéramos en un sueño vertiginoso. Los relojes han muerto... La vida...

* * *

No le comprendía muy bien, no acertaba a comprenderle bien. Oíale, esforzándome

por escucharle con fijeza, para darme cuenta de lo que significaban sus palabras, mas éra-me imposible. De vez en vez, como adhiriéndose a mi pensamiento, involucrándose en él, repetía yo mismo algunas de aquellas palabras que Pablo me decía, serio seguramente, acaso en extremo burlón... Sí. Era de física, que me hablaba. Probablemente, de complicadas cosas de aquellos obsesionantes quince volúmenes voluminosos, que me infundían pánica pena, sobre la mesa de Pablo. Cosas abstrusas, tecnicismos espantosos, teorías vertiginantes, la Ciencia, en fin, cuadrada, fría, inasequible, como un enorme edificio que quisiera asentar su peso en el vacío, en la deleznabilidad de mi cerebro, brumoso de desvelo y de alcohol. Como cuando departíamos y discutíamos de fáciles filosofías o de otras ciencias amables, al alcance de mi pereza, Pablo hablaba con profusión, claro, correcto, elocuente. Empero, no acertaba yo a comprenderle, aparte mi natural refractariedad a la gran ciencia hosca, porque aquel nebuloso estado que siguió a mi noche de fiebre o quizá a mi tarde de ensueño deleitoso en la plática con Lila, la divina, me sumía más en vaguedades, en incomprensión, como manteniéndome en una órbita de locura desorbitada...

¡Y el burlón del amigo que acogía esta hora

borrosa para hablarme de estas cosas y disertar como un maestro, asombrándome y probándome hasta el anonadamiento su cordura, su serenidad, su equilibrio!

Porque conviene saber, en descargo mío, que la noche anterior, la madrugada más bien, la terminara en su casa, y que a las once, recién salido del baño, al desayuno, Pablo me aniquilara con el derroche generoso—y estéril—de su insospechada y abundosa sabiduría de aquella vigorosa ciencia.

Entonces, aquel vasito de ajenjo estuvo muy bien...

* * *

Pasaron muchos días sin que nos viéramos, pues atenaceado por la vergüenza de aquella derrota, me refugié en mi casona solitaria, y todo un día estúveme enriqueciendo mi un poco abandonada colección de mariposas, que un tiempo constituyera mi vanidad y mi afición. Pinchando el abdómen terciopelado de una mariposa rosa que recibiera de Bolivia, al instante de fijarla en el cuadrito de corcho, acometióme la idea de ausentarme unos días. y, al siguiente, con ligeras maletas, fuime a un puerto caluroso del país con el pretexto salutífero de tomar unos baños de mar, que hacía años me aconsejara el doctor con

la misma seriedad con que pudo aconsejarme estornudar los viernes o rezar el avemaría a las once de la noche. Dejé una tarjeta para mi buen Pablo, y hasta los ocho días regresé, desahuciado del mar, aturdido de su yodo, de su frémito y de su canción.

Me lo refirieron en la calle, los amigos, Marina, la solitaria ingenua y nerviosa, propusiera a Pablo una fuga. El respondió con una carcajada entera, rebosante, colosal... Y al día siguiente toda la ciudad lo sabía, sin saberse cómo...

Me hirió la acción de mi buen amigo, que interiormente juzgué con austeridad aunque ante los amigos, como ellos, reí, un poco estúpidamente. Propúseme, al respecto, guardar silencio de piedra o de alto funcionario con él. Desconocíale desposeído de sus generosidades, altivas y fluentes. Y al visitarlo, le encontré bajo un guardapolvo, ante un lienzo montado en un caballete, pinceles y paleta en mano, impresionando en la tela alegres y primaverales rostros de mujer... ¡Otra sorpresa! Al verme, dio una gruesa pincelada de negro, arruinando dos de las tres caras amables que en la tela empezaban a vivir triunfales.

—¡Bárbaro!—le injurié en guisa de saludo.

Llegaron otros amigos. Pablo habíase hecho de amigos en esos días: dos, tres, cinco...

Me dolí de ésto, cual si fuera un desvío hacia mí, menosprecio de mi amistad exclusivista. Quise mostrarme frío y reservado, aunque sólo lo conseguí medianamente, porque hube de defenderme de las espinosas burlas con que bordaban mi viaje al puerto insalubre... en busca de salud, que me sobraba. En el club, donde terminamos la noche en cumplidas absorciones de alcoholes y trascendentales divagaciones, yo pagué el gasto de todos. Salimos muy contentos.

Seguramente la electricidad estaba mal esa noche. Yo veía amarillenta la luz, y aun me parece que giraba, que oscilaba. Ví el haz del correo del día sobre mi mesa, y por hábito, pues no sentía, lo confieso, curiosidad alguna, revolví los periódicos, que daban cuenta de mi regreso y de muchas otras necedades similares, dos o tres cartas que, dudando de la seguridad del alumbrado y por si eran de interés o de urgencia, las emplacé para la mañana siguiente. Cuando iba a dejarlo en paz, choqué con un sobre fino, grande, inconfundible, de participación. Os juro que él se me ofreció, obligándome a abrirlo y a enterarme... Aída, mi noviecita de horas adorables en el país cercano pequeñísimo como una broma de la geografía, contraía matrimonio con un licenciado en leyes, con uno de los cien mil novecientos licenciados

en leyes que se apretaban en aquel país agrícola...

Como creo que estaba un tanto transbordado, me dormí en una butaca, sin desvestirme.

* * *

Más aturdido que nunca, ruborizado, me levanté a la mañana, al insistente llamado de mi camarero. Pablo me esperaba. La ducha rápida, me visto en volandas y disfrazo mi malestar con acogedora sonrisa, que el amigo no repara en analizar. Venía serio, elegantísimo. Me encantó su saludo jovial y mirábalo largamente complacido, cuando me soltó como una segunda ducha, como un breve aguacero que se desploma, lacónico y terminante; perentorio, ineludible:

—Me suicido.

No imagino la idiotez que mi rostro debe haber acusado en ese momento, pero recuerdo la angustiada sonrisa que tuvo Andrade, a mi angustia. Inconscientemente me fijé en que por la ventana la mañana entraba, lujuriante y luminosa, dominando la haronía de las postreras sombras que se acurrucaban en los ángulos.

—Te anticipo,—siguió mi buen amigo—que no escribiré ninguna carta, ni haré ninguna otra tontería preliminar. Lo del libro... de

recuerdo a Judas. Un suicidio oscuro, sin pose, sin aparato, poblano. Que el juez piense lo que quiera y haga lo que guste. El suicidio no es ninguna cosa importante ni definitiva. Por defecto de educación es que nos alarma y por espíritu de cobardía que nos lo condenan y nos enseñan a escarnecerlo. Esto se hace al mismo tiempo que se nos enseña que es virtud amar a la patria, y que es un crimen matar, pero que por la patria debemos matar. Cosas ridículas. El suicidio, también, es ridículo, porque el ridículo nos persigue y nos sale al encuentro en cada recodo de la vida. ¡Qué cara más fea voy a tener horas después de mi suicidio! Me daría risa verla. Pero no pongas esa cara de suicida a medias sólo porque hablo de ésto, ni vayas a ahuecar la voz para decirme «el suicidio es oprobioso como un hijo bastardo»... Tengo un delicioso cansancio de la vida inútil. Hasta aquí no me he suicidado—qué poco se conjuga el verbo suicidar—por eso, por cansancio, porque me daba igual vivir o morir, en fin.

—¡Viniste a atormentarme!—le aduje reconviniéndole en ruego.

—Para evitar la participación y probarte mi amistad, hasta la última hora.

—Me la probarás no «haciéndolo». Te lo ruego. Te lo exijo!

Sacó del bolsillo una preciosa escuadra, lus-

trosa, pulida, elegante, incitante, y me la mostraba con arrobo moroso, cuando se la arrebaté en vehemente gesto, y le apostrofé con la indignación de mi cariño más leal:

—¡Quieres hacerme cómplice!

—Es verdad—respondiome sonriendo—olvidaba tu miedo y que la amistad no tiene derecho a imponer el sacrificio. Perdona...

Le alargué en silencio la escuadra, mudamente provocativo, promovedor. Mas él la guardó, sumiso. Hablamos de otras cosas, de vaguedades. Reímos mi «caso», recordando las apologías que de Aída hiciera, ilusionado... No quiso almorzar conmigo y me prometió que en la noche estaríamos en el baile de la Juventud atlética, al que concurriría lo mejor de la ciudad. Fuimos. Nos divertimos y aburrimos brillantemente. Recuerdo que estuve bastante ridículo en un brindis, por culpa y maleficio de una chiquilla rubia encantadora, que reía de mí... porque cuando vencida a mis razonamientos ampulosos me concedía el beso que los causaba, yo, aturdido, atarantado, o pecador, no pude dárselo puntualmente en la boca... Un caso, en suma, que bastaría a condenarlo a uno a perpetua abstención de besos, inapelablemente.

A la salida, Pablo me mostró un telegrama imperioso que lo forzaba a marchar en la madrugada.

—Negocios... otro aburrimiento.

Pablo, en efecto, se interesara en el negocio de unas grandes plantaciones, y ahora le requerían los socios.

En mi reclusión hastiada, pensaba de continuo en Andrade. ¿Qué diablos se haría él allá, encaramado sobre columnas de números y ante ejércitos de mozos? Sus cartas venían intervaladas, serias, friolentas. Hablábame de sus diversiones, de sus ocios, de sus trabajos, de sus ideas, de sus impresiones, ponderadamente. Cuerdísimamente, lo juro. Podría decir que sus cartas serenas eran exultantes loas a la vida, y figurábamelo amable y razonablemente encarrilado en la vida, normalizado. Pasó no sé cuánto tiempo, meses profundos, cuando decidí ir a sorprenderle en sus tierras. Agujereábame el corazón la curiosidad. Y un prematuro desencanto me entristecía. Sin quererlo, pensaba ¿por qué Pablo no había cumplido su amenaza, su promesa, matándose? ¡Qué grato me sería recordarlo! Yo comprendía en estas sediciosas ideas que me invadían y contra mi voluntad se posesionaban de mis mejores fortificaciones espirituales, el estigma de la perversidad. ¿Qué queréis? Humano...

Era ya tarde. La selva apretaba el camino, y no sé si de supersticioso miedo, se me apretaba el corazón. Murciélagos viscosos pasa-

ban rozándome con sus alones fríos. Siniestros buhos batían su pesada danza de presagios fosforecentes como crestas de olas tropicales en noches de travesía. Aguijaba el paso a la mula y me reconvenía de haber seguido el viejo camino de herradura en vez de pernoctar en la estación, y sobre todo, mi obstinación de tomarle por asalto.

Después de las ocho llegué por fin, derrengado. Vi a Pablo, a través de los cristales del corredor lleno de plantas. Pablo y dos de los socios jugaban una partida alrededor de una mesilla en que se alzaba, como otro juego de ajedrez, un equipo de copas y botellas. Vestía, Andrade, traje de montar, kaki. El sol le tostaba ya un poco la faz cuidada de civilizado, y aparecía más hermoso, más varonil, junto a aquellos recios irlandeses que eran sus socios en las grandes plantaciones. El saludo fue un estallido de asombros y de efusiones.

Toda una batería nueva de botellas, quedó fuera de combate. La partida de ajedrez, para cuando se pudiera...

—¿Y bien,—atreví con ironía embozada, en un rato en que estuvimos solos—¿ya no te suicidas?

Rememoro con pena aquella mirada afilada de mi amigo. Se reconcentró un momento y me hizo con escueta rapidez el balance, el

recuento de su vida, gráfico, seguro, clarísimo como una sinopsis, como una fuente recién descubierta. Cacerías, amoríos, ganancias de fábulas de dólares, fiebres trabajadoras, la gama de los placeres asequibles. Y concluyó:

—¿Comprendes? Ni un dolor superbo ni un supremo amor: un aburrimiento.... Todo, inútil.

¡La palabra! El adjetivo como un infausto meteoro que cruza cielos perturbados. Sentí, mordedor, aterrador como el de Macbeth, el remordimiento, el arrepentimiento, tardío, de mis palabras. Buscaba, tonto, la complicidad. ¿Si él hubiera olvidado ya? ¡Tonto, siete veces tonto, qué había hecho yo?

No pudimos continuar nuestra plática terrible por la llegada de un empleado que pedía órdenes para el día siguiente. Andrade me asombró de nuevo con sus minuciosos y vastos saberes en el gobierno agrícola. La luz eléctrica palpitaba en las bombillas como corazones de niñas, blancos.

* * *

Desperté perezosamente. Un cansancio imaginario me doblegaba los músculos. Parecíame haber soñado mucho, cosas fatigosas. ¡Un tumulto, la casa! El juez del cercano pueblo,

dos médicos, los empleados, los socios, grupos de trabajadores curiosos y consternados... Habían olvidado llamarme...

Al adivinar, di un fenomenal puñetazo en la mesa de mi habitación, sin advertir dolor. Corrí, mesándome el cabello, mal vestido, temblando de pena y de rabia.

Trágicamente, Pablo en su lecho sonreía ensangrentado, entre las inútiles pesquisas de la autoridad, de la ley, y de la ciencia, de los médicos. Creía que entreabría los ojos, viéndome. Me taladraba los oídos la maldita, la ignominiosa, la estúpida palabra: ¡inútil! Cuando se dieron cuenta de mi presencia, yo alzaba el cadáver de Pablo yerto abrazándolo con desesperación, cual un abuelo levanta los despojos de su nietecillo imprevistamente muerto...

Pensamientos subalternos movían mi espíritu a sedición. Antecesores muertos en olor de salud: reacción Wassermann permanentemente negativa: todo, en las manos locas de Pablo... Todo muere. Nada muere. ¡Necedades! Emocionantes necedades que ensordecían con su cangloroso claxón los vericuetos de mi ideario!

La mañana inútil, afuera, era muy bella.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002990587